

NADIE ANDA EN BUSCA DE DESCONSUELO

LAS MICROHISTORIAS DE ROSA



Alberto Gárate Rivera

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”

Nadie anda en busca de desconsuelo. Las microhistorias de Rosa

Texto de Alberto Gárate Rivera
Ilustraciones de Carolina Gárate Carrillo
Edición y formación de Néstor de J. Robles Gutiérrez

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”
Programa Editorial del CETYS Universidad
Mexicali, Baja California, México, febrero de 2018
Primera edición digital, septiembre de 2018

www.cetys.mx/programa-editorial/
programa.editorial@cetys.mx

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

I

“Pero si es una niña con otra niña”

Hay un poder real en la prosa. Tiene, entre otras cosas, la capacidad para provocar la intersubjetividad.

Savil Kushner

Habrá que admitir, a pesar de pretender vivir permanentemente abrazado a las posturas más progresistas de la categoría utopía (como futuro, como promesa, como posibilidad, como esperanza), que hay círculos precarios que los buenos deseos, las sanas intenciones, los proyectos mejor elaborados, no podrán romper para contagiar al que est  dentro de ese círculo. O acaso sí se pueda (otra vez el idealismo que no deja a un buen educador), con una buena intencionalidad y con un programa que desestructure hasta la historia enraizada de los actores que han vivido una, dos, tres generaciones, en ambientes precarios.

Rosa posiblemente no tenga parangón. Su trayectoria es única y de muchos modos tan parecida a otras, que es fácil aceptar que las historias de vida tienen nombre y apellido, pero sus señas de identidad son colectivas. El engranaje de acontecimientos que forman el rompecabezas de su vida es de ella, pero caben muy bien en su vecina de enfrente, y en la de al lado, y con la que comparte su patio interior. Da la sensación de que

las historias se calcan y así, van formando estos círculos que a los que hacemos educación nos van sacudiendo hasta con violencia, como aquella señora que, con la impotencia en la mano, le decía al pedagogo creador de una teoría sobre la buena educación: *Dígame, dígame usted con toda claridad: ¿Cómo le hago para que mis hijos regresen a la escuela?*

Las páginas del libro de Rosa se abren con una frase devastadora, pocas veces escuchada en nuestro trajinar por las historias de vida:

—Cuando tuve a mi primera hija, a los 13 años, pensé que ya venía con ropa. Cuando ya la miré porque me la arrimaron al camastro en el que estaba con el dolor y el miedo más grande que había sentido, me di cuenta que estaba “bichi”. Entonces yo me quedé pensando pa’ mis adentros: “pues y luego, ¿la ropita?” Yo creo que la enfermera me vio la cara llena de dudas y dijo una cosa que nunca se me olvidó. *Ay, Dios, pero qué cosa, una niña con otra niña.* Luego, viéndome me habló muy seria: *Mira, hija, a esta niña le tienes que dar de comer. ¿Entiendes? Es una niñita que tiene que comer.*

¿Tengo que decir más o con esta frase estrujante concluye este ejercicio intelectual? ¿Tengo que explicarlo con un arsenal de teorías sobre la crisis social, la desigualdad y la pobreza, la mala educación, o nos quedamos con el sofocón que nos provoca el: *si es una niña con otra niña?*

Hay un poder real en la prosa aliada a otras capacidades, como la de fracturarnos cuando las palabras pesan

de tanto que duelen. Sigo dándole vuelta a las páginas de la vida de Rosa y conforme avanzo me preguntó: ¿existe Hollywood? ¿En qué momento viene un director cinematográfico y la saca de las cenizas para convertirla en héroe? ¿En qué momento Meryl Streep deja de llorar con esas lágrimas que salen de la pantalla y tocan nuestros rostros? ¿Cuándo emerge el guionista y convierte la tragedia en sus ojos que irradian una nueva luz porque recuperó al amor de su vida? Con Rosa no llegan los héroes, sino los fantasmas. Llega un viento que hace rodar las piedras. Acá no hay aventureros que tuerzan la historia, no hay llaves mágicas que rompan el círculo, o magos deslumbradores como Melquiades en Cien años de soledad. Ella es un animal silvestre, no domesticado, que merodea las últimas décadas del siglo xx. El mundo vive las convulsiones de lo que H. Kuhn define como el principio dominante de la civilización actual: siempre más, siempre mejor, siempre más rápido. Y Rosa cargando su razón con andrajos de conocimiento.

—Yo tenía como 12 años cuando murió mi tata. Entonces viví sola con mi nana. Ella me cuidaba y, no sé si porque todos los que vivíamos en alguno de los ranchitos de por ahí hacíamos lo mismo, pero yo desde los ocho años trabajé piscando algodón. Ahí mismo, entre los surcos y los sacos de algodón, conocí al que sería mi esposo. Yo tenía 13 años. Pa' qué echarle mentiras, no duramos ni 15 días de novios cuando me fui con él. Así, sin más. ¿Que si me sentía mal? ¡No'mbre! Eso hacíamos todas las chamacas, irnos con los hombres más grandes que nosotras.

Se fue a los 13 años y el hombre aquel que se la llevó al sitio donde nada había, tenía 23. ¿Quién dice que la vida de una pareja se construye desde la pasión, el gusto, la atracción, las palabras que diseñan futuro? ¿Quién dice que el deber ser, el ideal kantiano nos va marcando los pasos? Los referentes de Rosa le daban para atender a sus instintos. La construcción del ser social y la conciencia de ese ser no estaban en su mapa de vida. Estando en el campo, a los 13 años biológicamente se convirtió en mujer; un hombre la vio como tal y fue por ella, sin flores y sin palabras, solo porque sí, porque esa chamaca le *cuadraba*, y nada más. Y la poseyó. Y las consecuencias de ello fue el embarazo, y después todo lo demás.

—Supe que estaba embarazada porque, trabajando yo en el campo, estaba piscando algodón y siempre me mareaba y vomitaba. Recuerdo que una señora que estaba a mi lado decía: “Esa muchacha está embarazada”. Pues yo la oía, y entonces yo le decía a mi marido: “Oye, dicen que estoy embarazada por esto y esto”. “No les hagas caso”, contestaba él; y pasó el tiempo, entonces me puse bien mala y me llevaron con el doctor y él confirmó lo que decía la señora. A partir de que me dijo el doctor que estaba embarazada, yo me medía la panza con un mecatito, todos los días y, ¿qué cree que hacía mi marido? Agarraba la borrachera, se iba con sus amigos y me dejaba sola. Yo siempre estaba por la ventana para ver a qué hora llegaba. Y muchas veces no llegaba, sobre todo

los sábados, cuando *rayábamos* lo de la semana y a él le pagaban lo de los dos.

Y el día del parto la narración mantiene las sombras grises. Rosa conoce el dolor y no sabe de pastillas que calmen el desgarramiento que siente. El marido sigue fuera, en la calle o en la cantina, da lo mismo.

—Entonces cuando me pegó el dolor yo estaba sola. Me acuerdo que era de noche y yo no sabía dónde estar ni mucho menos qué hacer. Me sentaba en una piedra y me retorció y esperaba a ver a qué hora llegaría mi marido. Llegó casi cuando amanecía, bien borracho, y le dije que traía dolores y me dijo: “Espérate para mañana”. Fue y se acostó y se tapó de pies a cabeza, y yo muriéndome de dolor. Cuando ya empecé a sangrar fui con la vecina y le dije: “así, así”. Ella y su marido me llevaron a Tecolote, que es el ejido Benito Juárez y ahí me alivié. Mi marido, creo que siguió borracho, o crudo, pa’l caso era lo mismo. Llegó al hospital tres días después, con mi mamá y mi padrastro. Lo único bueno de eso es que los doctores dejaron de pensar que yo era una callejera y que no tenía a nadie en el mundo. Pues como estaban las cosas, casi. De ese momento, lo que nunca olvidé y me pesó toda la vida, es que no tengo una sola foto de mi niña recién nacida. ¿Por qué estaba una tan tonta?

La madre no estaba, casi nunca estuvo. Rosa vivió en un ranchito con la nana —la abuela— desde los siete años. Su madre las dejó a ella y a una hermana menor

como dejar una bolsa de elotes. Un par de años después regresó y se llevó a la hermana, porque ella “sí se quiso ir”. Ambas prometieron volver, pero la promesa se fue a un viaje sin retorno. Por su parte, la nana sin marido estaba desprovista de ideas y de proyecciones. Vivía la vida un día después de otro, agradeciendo a un Dios distante y a una virgen María más íntima. No tenía más ocurrencias que cuidar a Rosa como un pasaporte a su futuro. La cuidaba sin darse cuenta de que, al no darle oportunidades para optar, la predestinaba a trabajar en el algodón, crecer, juntarse con un hombre e irse. Y ocurrió, sin imaginación y sin disidencia.

—Mi nana me encargaba con familiares de ella que trabajaban en el campo. Yo tenía ocho años y agarraba camino con ellos, y con mi tata que todavía vivía. Primero desahijaba y luego aprendí a pisar algodón. Le ayudaba a mi tata juntando motitas y luego, cuando tenía nueve años, ya traía yo un costal. Después trabajé en la cebolla. Cada madrugada que pasaban por mí, mi nana les decía: *Se las encargo, quiero que se la lleven y me la traigan de regreso*. Y así fue la vida durante cinco años. Yo trabajando en el campo y dándole el dinero de mi trabajo a mi nana. Después, ya les dije lo que ocurrió.

No hay sorpresa ni rebeldía en la narración. Debía trabajar desde pequeña porque la nana-abuela requería dinero para sobrevivir. Era una suerte de pago por dejarla vivir con ella, o si se quiere, era la mano de obra que en las formas de vida rural —aun cercano el siglo XXI— prevalecían. Así era el entorno o, para decirlo con mayor precisión, así se explica ella ese entorno a

décadas de distancia. Lo que Rosa veía es que todos los niños iban con sus padres a pisar algodón. La diferencia era que simplemente ella no tenía madre ni padre y tenía que irse con el abuelo o con otros familiares. La escuela no estaba esperándole en la ventana. Lo que la esperaba era un mundo de nubes grises, de caídas frecuentes y de desamparos que venía envuelto en sus ocho hijos, los que nacieron sin ropita, por más que ella se ilusionara con una idea peregrina que estuvo presente en los ocho nacimientos: que alguno de ello, aunque fuese el último, sí naciera con un pañal puesto y una batita impecable de limpia, como nacen los angelitos.

Hay cosas que sabemos que ocurren, pero no por ello dejan de sorprendernos. Una adolescente en un mundo de parcelas y de surcos, con una familia constituida por una abuela cocinada en una tradición de mujeres de casa, dispuestas a aguantar todas las desazones que les trae la vida, que ve en la energía de Rosa una manera de tener algo de sustento. En esas paredes no hay un hogar, hay un contrato no firmado donde hay que hacer lo que dicta un mundo interno, que no es capaz de romper la inercia. Ahí, como diría Serrat en una de sus canciones, *es caprichoso el azar*; las circunstancias no buscaron a Rosa ni ella fue a buscarlas. Solo estaba en el sitio que debía de estar, en un mundo que no eligió; en un mundo que la eligió a ella. Entonces, desde esa no elección, la ruta que había de seguir estaba trazada, sin sobresaltos en el azar y sin fiestas inesperadas. Desde

esos 13 años donde se refugió inconscientemente en los brazos de un hombre, empezó a dejar de ver el cielo. Y aprendió a ver solo el suelo, las piedras, y el camino corto sin horizontes. Por ello, adelantando el final de la última microhistoria de su existencia, podríamos citar a Juan Rulfo cuando hace hablar a Pedro Páramo: *Hacía tantos años que no alzaba la cara, que me olvidé del cielo*. Rosa probablemente no lo olvidó, nadie le diseñó una estrategia pedagógica que le hiciera aprender cómo mirarlo.

II

La escuela, otro de los fantasmas

Fue sin querer, es caprichoso el azar

Serrat rasgando la melancolía

Hay un poder real en la prosa, o en la palabra oral que se vuelve palabra escrita. Más poderosa la segunda que la primera, porque podemos ir a ella una y otra vez, incluso después de haber logrado un aprendizaje. La prosa de Rosa nos lleva a afirmar que en las palabras que construye no está la escuela, o más bien, sí está, pero solo como un fantasma, como un espejismo en medio del desierto. Ella, antes de descubrir por experiencia propia que los niños vienen sin ropa, fue a la escuela, apenas un día, apenas una mañana. La nana —su abuela materna— despertó una madrugada con la idea de que Rosa debía ir a la escuela. Y fue.

—Yo no estudié. Mi nana me llevó a la escuela cuando tenía como unos siete años, pero nada más un día. Dice mi nana que yo lloraba y le decía: “quiero ir a la escuela”. Y ella me contestaba: “Hija, no tengo para el cuaderno, no tengo para lápiz, no tengo para esto... no puedes ir”. Fui un solo día y me acuerdo que me gustó. Mi nana me dio como tres hojas, y un pedazo de lápiz. Pero a ella le pidieron cosas que tenía que llevar y mi nana dijo: “no puedo”. Nada, ¿qué le digo?, yo aprendí ya

de vieja. Mis hijas me enseñaron a escribir mi nombre, de ellas aprendí muchas cosas.

¿Cómo los padres van a aprender *muchas cosas de los hijos*? ¿Cómo puede ser permitido ese espejismo antes de cumplir con un deber social y antropológico de formarlos, de ser ellos los que deben enseñar muchas cosas a sus pequeños? Pues las cosas se explican por los tiempos y los espacios. Rosa tuvo a su primera hija a los 13 años y, los siete restantes, que aún viven, en un lapso de 14 años. Aprendió a golpes de la vida a ser mamá, al grado de que su tercer hijo lo tuvo ella sola porque no alcanzó a ir al hospital.

—Lo que pasa es que vivíamos en la orilla de la carretera de Hechicera, donde está un mercado grande, luego una comandancia de policía; enseguida de la comandancia había un terreno que nosotros habíamos invadido, pero solo un pedacito, no todo el terreno. Mi esposo y yo hicimos una casita de cachanilla, casi como los pajaritos hacen sus nidos. Las paredes las emplastamos con lodo, fresca en el verano, aunque era una casita que se podía caer con cualquier lluvia. Pues en esa casita tuve a Liza, a Carmen, a Lidia y estaba embarazada de Mario. A un lado de la comandancia había un consultorio con una doctora. Ya no me acuerdo bien, pero cuando Mario se me vino, muy posiblemente yo no fui con la doctora porque no tenía ni un cinco y porque mi esposo seguro andaba con los amigos, tomando cerveza o licor. Mario se me vino como se les vienen los cachorros a los animales en el campo. Yo veía cómo las perras tenían a sus cachorros y ni lloraban, así es que, no ha-

biendo más, me apreté el corazón y ya está. Lo tuve y lo único a lo que no me animé, fue a cortarle el cordón.

La fragilidad abrumba. Las pistas que nos ofrece Rosa nos permiten crearle la escenografía de su acontecer. En su recuerdo no está la escuela, nunca estuvo en ella. A diferencia de otras historias, aquí no hubo un talento claro, una habilidad manifiesta para entender, o hablar, o explicarse las cosas. Como, por ejemplo, en la historia de Frank McCourt (*Las cenizas de Ángela*, 2015), donde el protagonista vive en un desamparo muy similar al de Rosa, incluso con un hambre más crónica, tan dolorosa como una muela infectada. Sin embargo, en esta biografía hay dos diferencias claves: Frank sí fue a la escuela. Concluyó la primaria y consigno que en la niñez y en la adolescencia no se sintió subyugado por el conocimiento. Sin embargo, no abandonó la escuela por imitación de barrio y porque su madre no quería cargar con la vergüenza pública de tener hijos desertores de la primaria. La otra diferencia es que Frank tenía un talento que no había descubierto y que potenció hasta su juventud: le gustaba mucho leer y escribía con inspiración.

Con Rosa su fuga fue tenaz, nunca supo si tuvo algo similar o no. En ninguna parte de sus recuerdos nos dice que le gustaban mucho las comedias en la escuela, o que ella era muy buena para recitar, o que no había alguien que le ganara a saberse las tablas y a sacar cuentas, o que en el recreo ella corría y nadie la alcanzaba. Más bien hubo una suerte de automatización por lo que ocurría, desde el hecho de ir solo una mañana a la escuela y después ya no ir, porque nada la detuvo y porque nadie la

jaló. La abuela no tenía a quien imitar y su abuelo, fallecido cuando ella tenía ocho años, no alcanzó a decirlo lo que algunos viejos campesinos les decían a sus hijos pequeños: *ve a la escuela; ve y aprende de letras y de números. No quiero que de grande seas un burro como yo. Ve y busca ser alguien en la vida.* Tan fácil que sale de la boca esa frase y tan buenos impactos que podía crear en aquellos años donde la escuela, siendo obligatoria, era desplazada con facilidad por otras necesidades, reales como comer, o inventadas como decir que en la escuela se iba a perder el tiempo. Entonces, en esos momentos de azar, ella se fue a la parcela, a los surcos, a ganarse la vida sin saber que desde ahí estaría renunciando a la posibilidad de optar.

Rosa pasó de la niñez a la adolescencia caminando por la cuerda floja sin una red salvadora que amortiguara la caída. Ni conciencia tuvo de ello, por eso caminó por inercia, sin miedo, sin fijarse incluso si daba pasos para enfrente o para atrás. Sin escuela, sin letras y sin una geografía por la cual soñar (a veces para eso sirve descubrir que en México hay un sitio que se llama Teotihuacan, para ilusionarse con conocerlo un día), en un abrir y cerrar de ojos se encontró con un hombre que le hacía un hijo, y luego otro y otro. Por eso llega a invadir un terreno en un poblado ejidal que estaba tan desierto como ella. Por ello no se pregunta si es la vida que merece o si hay otro tipo de vida. Por ello no deja al marido porque casi todos son iguales a él. Por eso no se queja de su casa construida con esas varas de cachanilla que crecían al borde de los canales del valle de Mexicali. Cierzo es que había otras casas bien hechas, pero era

porque los otros habían tenido mejor suerte; cierto es que había algunos adolescentes y jóvenes como ella que había terminado la primaria, pero ellos tuvieron padres que los obligaban a estudiar.

—Yo nunca tuve tanta [suerte] y, por otra parte, pues sí había algunos con mejor vida que la nuestra, pero no se crea, tampoco eran tantos. En el ejido había mucha pobreza. Vivíamos del algodón y de otras cosas que hacíamos en las parcelas y para eso nos alcanzaba. Batallábamos mucho para la comida, aunque no todo el año. Por ejemplo, en junio, julio, agosto, septiembre, piscábamos que la sandía, la cebolla, el melón, la uva, los elotes. Eran meses que había comida y dinero, pero ¿quién nos enseñó a ahorrar para los días de invierno? Nadie, mi marido menos que ninguno. Entonces sufríamos de la panza por no comer y de todo el cuerpo por no tener ropa para ponernos.

Habrá que admitir que en el caso de Rosa la primaria rural fue un fantasma con una prosa diluida. También habrá que decir que, si bien tuvo una vida de constante desesperanza, la pobreza extrema y el hambre crónica no la tocaron. Su vulnerabilidad es de otra clase. Más claramente que en ningún otro caso que podamos relatar, se combinan tres tipos de precariedades para afirmar que acá el azar no tenía un trabajo por realizar: una familia desmadejada cuya cabeza era una abuela que había crecido en un México ruralizado con la escuela pública ocupando planos marginales. El papá no aparece en su historia y su madre abre la ventana a cuentagotas. El segundo es un espacio de vida donde lo cotidiana era pisar

algodón, comer sandías en el verano y hacer tamales de elote entrado el otoño. Esa era la vida que identificaba la abuela y no podía heredarle una cosa distinta. La tercera es que, habrá que decirlo en descargo de la propia Rosa: no tuvo la oportunidad de saber si un profesor de la primaria podría haber practicado la alteridad con ella. Me refiero a eso sentido de ver al otro a los ojos y descubrir la fragilidad que habita. Entonces el buen profesor acoge y se responsabiliza del otro. No tuvo esa oportunidad ni tampoco el saber [tomar conciencia] que quizás podía hacer otra cosa, de más alto nivel que tener hijos, trabajar en el campo, sostener cada tarde la casa de cachanilla para que no se viniera abajo, y rehacerla después de una quemazón donde ella y sus cuatro primeros hijos la vieron arder desde una esquina del patio. Su vida sin sorpresas iluminadoras no tuvo esos regalos. El único y más valioso fueron sus hijos. Por ellos debió vivir, sin descanso y sin darse tregua. Por ello decidió que ese terreno en el ejido Hechicera y esa casa de cachanilla, donde se colaba el frío en invierno y los zancudos en el verano, no podía ser la casa de ella y de sus hijos toda la vida. Así que, echando la poca ropa que tenía en un costal que utilizaba para pisar algodón, salió de ese sitio dejando la luz mortecina de una lámpara de petróleo, en la misma orfandad con la que ella se iba.

—Tenía que dejar esa casa. Si bien ahí nacieron mis cuatro primeros hijos, ya nada nos detenía ahí. Entonces la vendí. Nos dieron una feriecita leve, pero ya lo que que-

ríamos era salirnos. Se acabó el trabajo, no había nada y yo con mis cuatro niños chiquitos. O, a lo mejor, ahora que me hace recordar esas cosas que muchas veces una se niega a recordar, puede que lo que yo estaba viendo al ver que mis hijos chiquitos se iban conmigo a pisar, no me gustara. Puede que no me gustara que Lidia y Mario se quedaran solos cuidando a sus hermanitos. Puede que me aterrara pensar que Liza, Lidia, María, Rosa, tuviesen la misma mala suerte que yo: tener un hijo a los 13 años y preguntarse por qué los bebés venían sin ropa. Yo fui tonta y burra, pero algo me hacía pensar —a mí, mi marido casi ni contaba— que mis hijos sí podían merecer la suerte de ir a la escuela. Por eso le digo que nos venimos a Mexicali porque no había trabajo. La verdad es que nos vinimos con la ilusión de cambiar de vida. Si la vida, como dicen, es un volado, en una de esas y me tocaba ganarlo.

No lo ganó. Tampoco lo perdió del todo. Con el saber de la vida y sin el conocimiento de la escuela —tan cuestionado a veces, tan necesario casi siempre— iba a una batalla con esa luz mortecina de su casa de cachanilla acompañándola con la sensación que relata García Marquez en *El general en su laberinto*:

—¿Para dónde vamos, Wilson? —le dice el general al vuelo, más para sí, que esperando una respuesta. Contundente, Wilson le responde:

—Yo no sé nada, mi general, estoy a merced de un destino que no es el mío.

Como si eso le faltara a Rosa, la desazón de ir a buscar un destino que ya no era suyo, ni de los suyos.



Rosa posiblemente no tenga parangón. Su trayectoria es única y de muchos modos tan parecida a otras, que es fácil aceptar que las historias de vida tienen nombre y apellido, pero sus señas de identidad son colectivas. El engranaje de acontecimientos que forman el rompecabezas de su vida es de ella, pero caben muy bien en su vecina de enfrente, y en la de al lado, y con la que comparte su patio interior. —AGR